

EL ORATORIO DE NIÑOS PEQUEÑOS DE LAS ESCUELAS PÍAS

GONZALO CARBÓ BOLTA, SchP.
Valencia

I. "YO TE BENDIGO, PADRE, ... HAS REVELADO ESTAS COSAS A LOS PEQUEÑOS" (Lc 10,21-22)

Estamos ante una experiencia, sencilla y densa, de un encuentro entre Jesús y sus niños. Queremos contar algo de ella. Hacer un relato teologal, más que psicológico o pedagógico o incluso teológico y pastoral. Narrar lo que está haciendo el Padre, los elementos materiales y personales –criaturas– que emplea, el gozo en su Espíritu, la vida nueva que salta... Y nos gustaría no salirnos de la sencillez de los mismos niños. Ellos, certeramente, cantan su experiencia con la vida y el amor que en ella beben.

Sería mejor reunirse con ellos y con Jesús, que los atrae. Y mirar, y escuchar, y hablar. Nosotros, los adultos, somos invitados de honor, espectadores de la gratuidad y gracia de esta experiencia: la llevan el Señor y ellos, el Espíritu en ellos.

Así desde la primera reunión, en una capilla de las Escuelas Pías de San Joaquín de Valencia: nosotros apenas sabíamos qué y cómo hacer. Paso tras paso, todo se nos daba para ese día. Y de una reunión para la siguiente. En el gozo sorprendido de ver sorprendidos y gozosos a nuestros niños, con alegría incontenible desbordada en su canto de regreso al aula. Eran los signos de la Vida que se movía dentro de ellos.

Al final del primer año de camino, y al cabo de cada etapa, un relato evangélico se proclama en cumplimiento: silenciosa, vigilante y solícita, María está presente; nos invita a hacer lo que nos indica Jesús y llenamos nuestras reuniones del agua de nuestra –incluida la de los niños– obe-

diencia y entrega; él la transforma en el buen vino de su Espíritu Santo. Estamos en Caná.

Éste es el décimo año de experiencia. Lo que vamos a hacer es narrar, presentar frutos, indicar algunos instrumentos, reflexionar en voz alta. Tras ello, cualquiera podrá hacer otras sistematizaciones más pedagógicas y académicas de todo el relato. Y, sobre todo, abrirse a la urgencia de los niños, para los que el Señor y Padre proveerá la luz y fuerza necesarias.

Si tras la lectura de esta narración alguien entra en comunión con nosotros, nuestro gozo será completo. Si alguien quiere "venir y ver", haremos más vivo este "evangelio de los niños".

II. UN ÉXODO SINGULAR (cf. Éx 33,7-11)

Doce niños salen de su aula; el resto de compañeros esperarán su regreso para ir también ellos. Algunos han pedido a sus mamás que les vistan de fiesta. Se distribuyen en dos filas. La escucha de unas breves palabras abren su rostro y su espíritu a la expectación. Hacen silencio en los labios, y lo intentan en la imaginación. Mueven el corazón al amor. Algunos oran ya en su interior, y hasta musitan palabras, como si alguien invisible les acompañara...; no rara vez, algunos niños acompasan corazón, labios y pies. Van a "la habitación más importante del colegio", pues allí les espera Alguien que les ama y les habla; a ellos les gusta aprender a hablar y cantar a Jesús, preguntarle, consultarle..., sobre todo amarle. Caminan apaciguadamente. Les precede un presbítero; cierra el grupo una catequista. Todos han salido de las tareas que les ocupaban.

Su tutor o tutora, en la clase, les acompaña en la espera de lo que le van a contar a su regreso. Sus padres viven también ese día tan señalado, que el mismo hijo les hace siempre presente por la mañana, si no la noche anterior; y algunos, al acogerlos por la tarde, serán también receptores de lo que han vivido en el oratorio, de la palabra, del canto, de su alegría, sobre todo del amor de Dios para cuyo anuncio "tantos niños han sido elegidos".

Salvada la distancia de pasillo y escaleras, llegan al oratorio. Es acogedor y silencioso, generador de paz, bello: la suavidad de las luces y colores, el icono de la Virgen de la Pasión, el de Calasanz enseñando a un niño la señal de la cruz, el sagrario, la cruz alzada, el "trono" para Jesús Sacerdote, la moqueta, una alfombra con el Libro sobre un almoha-

dón y el cirio pascual sobre un pequeño candelabro, unas flores, sillas en torno a la alfombra...

Entran, miran, esperan... De uno en uno, frente al sagrario, saludan en lo secreto, se presentan, confiesan el amor... Y se sientan en la silla que eligen; siguen hablando en su corazón, casi olvidados de los demás... o simplemente esperan. Todos esperamos: muy importante esta espera, vivificada por la expectación y por la esperanza.

"En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén". La reunión ha empezado... Un tiempo sustancioso, más de treinta minutos, de encuentro de amistad.

"A tu amparo y protección, Madre de Dios, acudimos... defiende siempre a tus hijos". Ha llegado el momento de abandonar el lugar de la reunión. Tras despedirse agradecidamente del Amigo, vuelven a la clase, acompañados, ordenada, pero más distendidamente, a veces comentando, a veces —en reuniones que les han impactado especialmente— como rumiando lo que se llevan dentro, más de una vez cantando el canto nuevo que han recibido (sin reparar el rubor de los que les acompañamos, escándalo del "adulto" que llevamos dentro, tentado tantas veces de reprender y hacer callar a los niños que cantan).

Rostros y miradas se cruzan con los que han quedado en clase, como queriendo comunicar los secretos revelados, el misterio en el que se han adentrado cogidos de nuestras manos.

Y así, hora tras hora, jornada tras jornada, "desde la salida del sol hasta su ocaso", más de quinientos niños de 5 a 12 años alaban continuamente el nombre del Señor.

Como estos niños tienen hambre y sed del Amor conocido, volverán la semana siguiente. Esperan el día y hora señalados; no entienden que les fallemos un solo día. Si esto ocurre alguna vez, nos preguntan exigentes el "porqué"; y, en una percepción afectiva del tiempo, nos dijo un día un niño : "Ya no venís nunca".

III. "ALLÍ ESTOY YO EN MEDIO DE ELLOS" (Mt 18,20)

¿Qué acontece en una reunión?

La primera que tuvimos y tenemos, para abrir el itinerario del oratorio, reproduce una anterior, con niños pequeños, que acudían de la calle a los locales de una parroquia, bajo el misterio de la Visitación.

Reunidos, en círculo, los niños desean que Jesús se haga presente entre ellos. Lo creen posible. Y claman sin cesar: "Ven, Señor Jesús". El Libro, bello y radiante, aparece en medio. "Es Jesús, que habla". "Cuando lo leemos, habla él. ¿Queréis que nos hable hoy?": "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos".

"¿Qué hace con cada uno? Está aquí, entre nosotros..." "Me quiere... se acerca a mí... me habla del amor de su Padre... me ayuda a querer a los demás... me enseña a querer a Dios".

A los niños les han encantado estas *dos presencias* de Jesús. *El Libro, su Palabra*: pugnan por aprenderla, por repetirla cada uno, se llenan de alegría por parecerse así un poquitín más a Jesús. "Su presencia entre nosotros, invisible, amorosa, activa...": con él somos uno más, queremos estar siempre cerca de él, nos atrae dulcemente a cada reunión para la que nos convoca, empezamos a ser sus amigos.

De ahí nació todo un itinerario de encuentros con Jesús en sus presencias. El oratorio no es más que este amistoso encuentro de presencias: Jesús viene, está allí esperándonos, gritando: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Llevamos a los niños ante él, con la fe y el amor. Y les dejamos: él y ellos se entienden entre sí, se miran, se hablan, se quieren, están a gusto, cantan, se abren a la vida... Eso es la oración.

En la reunión se dan habitualmente tres momentos nucleares:

— *Oración de intimidad con Jesús*: contemplación y oración silenciosa, en lo secreto del corazón, con frases cortas, ayudada, según las edades, por quien anima la oración o por los mismos niños.

— *Orar la palabra*: proclamación de un evangelio, escucha, memorización, meditación en forma de diálogo, contemplación y aplicación a la vida.

— *Oraciones vocales*: bendición, acción de gracias, intercesión... que cada niño va haciendo libremente de pie en voz alta, poniéndose los demás de acuerdo con él, "seguros de que lo conseguirán del Padre del cielo".

Cada uno de estos momentos viene precedido por unas palabras de preparación y concluido con un canto adecuado. A esto se añade el inicio-entrada y el final-despedida de la reunión. Y tenemos ya completo su esquema y desarrollo. De esta manera sencilla, en una fusión de espera, palabra, silencio, gesto, canto, oración, adoración, etc., se hace presente Jesús, Verbo hecho carne, que se ha dignado venir y visitar a los niños, "para iluminar a los que viven en tinieblas, y guiarlos por el camino de la paz".

Y así, el oratorio ha ido configurándose como una experiencia de encuentro de los niños con Jesús, que les conduce a su Padre, en el Espíritu, de la mano de María, en la Iglesia.

IV. "UNA SALA GRANDE, YA DISPUESTA Y PREPARADA... PARA LA PASCUA" (Mc 14,15)

El oratorio es un lugar digno, bien preparado, bello, silencioso, atractivo, donde nada sobra ni falta, "tienda de la reunión", "lugar de Dios", marco de los recuerdos y las presencias de Jesús.

Cuando entran los niños, la sala está ya toda "bellamente" preparada. En el centro del oratorio hay una alfombra, "símbolo de la tierra prometida", lugar de encuentros y gestos especiales, que se respeta no pisándola. Cada niño, bordeando la alfombra, se sitúa frente al sagrario, inclina la cabeza durante unos segundos adora y saluda a Jesús, sentándose luego en una de las sillas, ordenadas abrazando la alfombra, como representando un pueblo unido y reunido.

El sagrario es muy importante en la experiencia de los niños. Está en lugar visible, no en el centro o lugar de la presidencia, hacia el cual los niños puedan fácilmente dirigir la mirada y contemplar. Es una llamada continua a la fe. Desde el primer día que conocen esto desean ver a ese Jesús. Y en este deseo, y en obediencia a nosotros, esperan tranquilos y se preparan para el día "señalado" en que lo verán.

Una vez todos sentados, tras una pequeña pausa y espera, nos levantamos y abrimos la reunión con la señal de la cruz y una oración de bendición y acción de gracias y de petición del Espíritu Santo, para que él guíe la reunión. Y nos sentamos de nuevo.

Uno de los animadores lleva la reunión, o una de sus partes, mientras el otro está atento a las necesidades de los niños (posturas, actitudes,

problemas que exteriorizan, dificultades...), y se les acerca cuando es necesario.

En primer lugar, hacemos memoria de la reunión anterior, de lo que recuerdan y han vivido. Luego, de las presencias y recuerdos de Jesús.

Los niños contemplan la "vela", eco del cirio pascual, memoria de Cristo resucitado.

Junto a la sede ven la cruz levantada, recuerdo de Jesús muerto por amor nuestro.

La sede, en forma de trono, vacía, estimula el deseo de ver a Cristo, sacerdote y rey, que vendrá a presidir nuestras celebraciones, vestido de blanco.

El icono de la Virgen de la Pasión, María con el niño en sus brazos, en una de las paredes laterales recuerda a Jesús niño y el amor de la familia de Nazaret, que le hacía crecer en "edad, gracia y sabiduría", para un amor hasta el colmo de la muerte.

El icono de San José de Calasanz nos anima a seguir a Jesús dedicándonos a los más pequeños.

Con la memoria de alguno de estos recuerdos, los niños van entrando en el clima de oración.

Más denso y estimulante es el recuerdo y actualización de las presencias de Jesús, que es reconocido vivo por la fe: "en medio de nosotros" (amándonos, llevándonos al Padre, dándonos la alegría de la cercanía fraternal); "en el Libro" (revelándonos sus secretos y asemejándonos a él cuando, por amor, aprendemos su Palabra, la guardamos); "en el sagra-rio" (bajo forma de pan, camino y fruto de la eucaristía); "en nuestro corazón" (inhabitado por los Tres, fruto del Amor y la Palabra).

V. "BENDIGO AL SEÑOR EN TODO MOMENTO" (Sal 33,1)

Ya los niños se sienten atraídos al encuentro personal con Jesús.

Empieza la *primera parte de la reunión*. Sentados, con las manos descansadas sobre las rodillas, cerrada la puerta de los ojos, la mente y el corazón de cada niño se abren a la intimidad de la contemplación y del diálogo en lo secreto. El animador de la oración dice frases cortas y sencillas: de fe en la presencia de Jesús, de gracias por el amor, de acogida de su venida, de deseos de amistad y semejanza con él, de abandono al Espíritu Santo, de súplica... Cada frase o plegaria es seguida de

unos segundos de pausa: el niño la repite interiormente (los más pequeñitos mueven los labios) hasta que escucha una nueva. Algunas veces (cuando ya tienen más experiencia) les dejamos momentos más largos, no guiados, para que ellos en silencio escuchen a Jesús y le hablen.

Acabamos con un canto que prolonga la contemplación interior. "Cantar es rezar... ¡dos veces !... si se canta bien" (decía san Agustín). Muchos niños, espontáneamente, permanecen en la postura de oración, con los ojos cerrados, mientras cantan con su boca y todo su ser. Algunos, en silencio, escuchan y esperan. A veces comentamos lo que han vivido, y les confirmamos en su experiencia: "Sí, eso te lo ha dicho el Espíritu Santo"... "Sí, Jesús te ha escuchado".

Pasamos a la *segunda parte de la reunión*: orar el evangelio. Les preparamos. Recreamos la situación en que se enmarca la Palabra, ayudamos a aflorar experiencias suyas que vendrán iluminadas por ella, describimos el contexto, creamos expectativa y ayuda.

"Cuando leemos el Libro, habla Jesús... Os va a contar uno de sus secretos... Si escucháis, la Palabra quedará en vosotros, como una semilla... Después os preguntaremos... ¡Escuchad, habla Jesús!"

En calma, miran y escuchan. La Palabra es proclamada, pausada, expresiva, íntima, sin gritar. De la Biblia de Jerusalén (no acomodamos el vocabulario; a veces suprimimos detalles no necesarios en ese momento; otras, explicamos sobre la marcha alguna palabra, para ayudar a fijar la atención). Al final: "¡Palabra del Señor!" Y beso del Libro.

Ellos lo repiten. Rehacemos con ellos todo el relato. Con preguntas, cuyas respuestas intuyan, vamos explicando el contenido de lo leído, descubriendo su significado, acogiendo lo que ellos entienden, haciendo hincapié en lo que puede ser importante para sus vidas. Elegimos un versículo clave, que se les explica y todos aprenden y repiten: así "guardan la Palabra" y "se parecen más a Jesús"; viven un gran interés y alegría en estos momentos. Les descubrimos los secretos de Jesús, sus actitudes, lo que decía y hacía, qué dice y hace "hoy", pues está vivo y en medio de nosotros. Y pasamos más concretamente a la "aplicación a la vida". No es ningún compromiso. Es una prolongación de lo conocido y vivido con Jesús. Cada presencia de Jesús inspira el modo concreto y propio de relación; cada reunión tiene su peculiar prolongación en la experiencia: un canto, una oración, un gesto, un cambio de actitudes, obedecer y trabajar en clase, contar y anunciar en casa lo oído y vivido,

bendecir a un hermanito, perdonar, orar solo o con los papás, ayudar al prójimo, a los pobres y necesitados, recordar las palabras...

Esta segunda parte se completa con un tiempo de contemplación o meditación y la ayuda de un canto, en relación con la misma palabra, con el misterio contemplado, con el tiempo litúrgico. El canto es uno de los componentes más importantes de la reunión y, por ello, muy cuidado. Para los niños resulta uno de los momentos más gozosos del encuentro, y el vehículo más sencillo de su participación. Son cantos al servicio de la oración: letras profundas bíblica y teológicamente, melodías al servicio de la palabra, músicas bellas y con unción. La densidad espiritual y su calidad musical posibilitan retomarlos siempre, como soporte incluso de catequesis y memoria, ahora y en el futuro, de la fe que los niños van acogiendo.

En la *tercera parte de la reunión* los niños hacen oraciones vocales. Quienes quieren rezar se van poniendo de pie, uno tras acabar el otro, con las manos levantadas, los ojos mirando al cielo o cerrados o naturales. Todos "nos ponemos de acuerdo" —como indicaba Jesús— contestando "Te lo pedimos, Señor" o "Te damos gracias, Señor", según la oración. Les confirmamos en su oración, en la escucha y fidelidad del Señor, en las cosas buenas que piden, sobre todo en la invocación del Espíritu Santo, llevándolos así suavemente a la madurez de la oración que Jesús nos enseñó, y que más adelante, en reuniones especiales, les revelaremos. El *Semá*, el *Padrenuestro* y "*A tu amparo y protección...*" cierran esta parte.

Concluimos la reunión con la bendición —muchas veces imposición de manos, si hay presbítero— y un canto final de exultación o de misión.

VI. "YO ESTOY CON VOSOTROS HASTA EL FINAL DE LOS TIEMPOS" (Mt 28,29)

Nuestro oratorio se ha ido configurando espontáneamente como un itinerario de presencias de Jesús. Jesús es reconocido y creído, habla y escucha, atrae al niño, le llama a una transformación personal, condensada en su mismo "crecer en edad, gracia y sabiduría".

A cada presencia corresponde una revelación de Jesús, un modo peculiar de relación entre él y los niños, una diversa aplicación a sus vidas. La experiencia de estas presencias, ya desde el inicio, se va am-

pliando y profundizando con el transcurrir de las reuniones y con el crecer de los años. Los niños las viven, se gozan con ellas, dialogan con su oración y con su vida, las guardan todas en su corazón, se fortalecen con estas cercanías de Jesús.

Nosotros presentamos a Jesús en reuniones espiritual y pedagógicamente inspiradas y preciosas. Los niños le creen presente y le acogen, en el gozo y la obediencia de la fe. La sucesión es la siguiente:

— *Jesús está en el Libro.* Él nos habla cuando lo leemos, nos revela sus secretos. Nosotros le escuchamos, le acogemos, le creemos, aprendemos sus palabras.

— *Está en medio de nosotros.* Nos reúne, nos ama, nos lleva al amor del Padre y al amor de los que nos acompañan. Nosotros nos reunimos con él, nos dejamos amar, sentimos que nos ayuda, estamos bien con él, amamos con él a los que nos rodean.

— *Está en la oración de la reunión o asamblea.* Él reza con nosotros y desde nosotros. Nos garantiza que somos escuchados por su Padre cuando "dos nos ponemos de acuerdo para pedir algo en su nombre".

— *Está vivo en el sagrario.* Nos espera, se dejará ver, quiere venir a vivir dentro de nosotros. Los niños le adoran, le saludan, desean verle tal cual es. Cuando —tras dos años de espera— hacemos la reunión de contemplación y adoración de Jesús, los niños creen y conocen el sentido de su presencia "bajo forma de pan" y abren una nueva relación con el sagrario y la eucaristía: empiezan a desear y pedir la comunión del cuerpo de Cristo.

— *Está vivo también dentro de cada uno de nosotros,* en nuestro corazón, por el Amor y la Palabra. Más adelante les abriremos a los niños al misterio de la inhabitación trinitaria. De ahí el recogimiento y la oración interior, la dignidad y el respeto de sí mismo, el cuidado y belleza del cuerpo, la alegría de no estar nunca solo, la santidad del cuerpo, "templo del Espíritu" (misterio que desarrollamos cuando llegan a quinto y sexto de primaria).

— *Está en el presbítero,* que actúa "en la persona de Jesús". Una sede digna, para ellos "un trono", está siempre en el oratorio, esperando las celebraciones. En ellas, vestido de blanco, nos preside el presbítero: ora, proclama, acoge y abraza, bendice... Los niños creen ver a Jesús, escucharle, obedecerle, dejarse querer, sentir sus manos. Este último gesto, sobre todo, reproduce en los niños la curación y el gozo del Espíritu y del amor que transmitían las manos de Jesús.

A medida que avanza el itinerario del oratorio, pero pronto, aparece Jesús *en sus hermanos más pequeños*: los enfermos, los hambrientos, los forasteros... los pobres. Esta fe se traducirá en gestos frecuentes de compasión, oración, cercanía y ayuda. Y, tras la Epifanía, en un serio y gozoso desprendimiento, "como amigos de Jesús", del mejor juguete que cada uno ha recibido, en favor de Jesús y de sus pequeños: "... a mí me lo hacéis".

– Está *en los niños*. "Quien acoge a un niño, me acoge a mí... acoge al Padre que me ha enviado". Todas las actitudes que han ejercido con Jesús, presente en el Libro, en el sagrario, en medio de nosotros, en el presbítero, dentro de nosotros... las podemos trasladar a esta presencia en los demás niños.

– Y lo mismo diríamos de su presencia *en cada prójimo*, "prójimo" para los niños: "... y amarás al prójimo como a ti mismo".

– Está *en la Iglesia*, como grupo de personas que se congregan en nombre de Jesús y reciben su Espíritu para ser los "adoradores del Padre en Espíritu y en Verdad". Los niños se sienten parte de la gran familia de Jesús, frente a los límites de tantas familias suyas.

– Está presente y actuante *en los sacramentos*. Desde el oratorio colaboramos en la iniciación sacramental de los niños a la penitencia y a la eucaristía. Subrayamos que lo principal de los sacramentos no son las cosas y las acciones, sino "las personas que están presentes, cada una con su función y gestos, todas en el mismo Amor: Padre, Jesús, Espíritu Santo, cada uno de nosotros".

Estas presencias se van encarnando en la experiencia de los niños: ven a Jesús con naturalidad, en todas sus relaciones. Podrán creer más o menos, obedecer o no, pero "saben" que está ahí, forma parte de "su mundo", de sus hábitos y actitudes.

De esta manera hemos verificado que la oración va abarcando todo el marco de la vida del niño y de su incorporación al misterio de la fe. La oración — más allá del acto expreso, litúrgico y pedagógico de la misma — se convierte en una relación viviente y personal de nuestros niños con el Dios vivo y verdadero, cuando creen el Misterio, cuando lo celebran, cuando lo viven en sus relaciones cotidianas familiares y escolares (cf. CIC n. 2558).

VII. "LES EXPLICABA LO QUE HABÍA SOBRE ÉL EN TODAS LAS ESCRITURAS" (Lc 24,27)

El itinerario temático del oratorio de niños pequeños es muy sencillo: por una parte introducimos paulatinamente a las diversas presencias de Jesús y a las distintas formas de oración, siempre a partir de las palabras evangélicas que hemos visto más adecuadas para cada reunión; por otra, seguimos de manera sencilla los misterios del año litúrgico, con reuniones especiales en torno a Navidad y Pascua, y un ciclo especial sobre la familia de Nazaret.

Desde ahí vamos acercándonos a los diversos misterios de la fe (Dios Padre, Cristo, Espíritu Santo, María, Iglesia).

Fundamentalmente son los siguientes núcleos:

- Las presencias de Jesús.
- Las formas de oración.
- Los misterios del Señor (en la liturgia).
- La familia de Nazaret.
- La paternidad de Dios y el misterio de la Trinidad.
- Los sacramentos.
- Iniciación a la lectura meditada del evangelio.
- María (presente en todos los núcleos).

Estos núcleos se entrecruzan y se desarrollan en el itinerario de los siete cursos del oratorio, según el momento del curso y las necesidades y madurez de los niños. Para cada curso aparece la programación más adecuada. Cada semana tienen una reunión. Para cada reunión hay una palabra apropiada y los cantos que mejor ayuden. La programación viene centrada por los grandes momentos litúrgicos de Navidad y Pascua, con varias reuniones de preparación y otras de celebración y prolongación; el resto de núcleos y temas se ordenan, en su progresión propia, a lo largo de las semanas restantes disponibles.

Es difícil identificar etapas claras y distintas en los niños. Pero podríamos subrayar, en los primeros cursos, la iniciación a la oración y el misterio de la salvación en las presencias de Jesús; luego, la relación con Dios, como criaturas, personas "hijos de Dios"; en cuarto y quinto, discípulos y orantes; iniciación a los sacramentos y la liturgia (vida y celebración); en sexto, iniciación a la lectura y meditación personal del evangelio, el sentido del cuerpo en Jesús.

Algo muy importante, a medida que se ha desarrollado el oratorio: no se trata simplemente de tener reuniones de oración —que ya es muy válido—, sino que ha ido apareciendo un proceso espiritual y catequético que tiene una gran unidad y armonía. Y que se va revelando cada vez con más claridad como una iniciación en la experiencia del misterio de la Trinidad, revelada y hecha cercana por Jesús en el Espíritu dentro de la Iglesia.

VIII. "Y VINO A NAZARET" (Lc 2,51)

La familia de Nazaret está siendo uno de los misterios que más luz y fecundidad aporta a la espiritualidad actual de la Iglesia, como el más bello icono humano de la Trinidad. Y es uno de los núcleos que se ha revelado como más importante en el itinerario del oratorio.

Desde un principio sentimos que el sufrimiento mayor de los niños es la propia familia; y, al mismo tiempo, que su crecimiento como personas está muy condicionado por la referencia a la familia en que vive y por las relaciones que, en cuanto hijo, tiene con sus padres y éstos con él. Y se nos iluminó como respuesta a esta realidad y urgencia la misma familia de Nazaret, imagen y realidad trinitaria de una nueva manera de ser hombre y persona, paso a la nueva familia-Iglesia, de la que el oratorio es una primera experiencia para muchos niños. Extensa y profunda, gozosa, es la experiencia de identificación y curación que los niños han vivido en la contemplación de Jesús, María y José en Nazaret. Estimulante para esperar y abrir nuevas realidades en familias necesitadas. E importante y variado el peso que tienen en el oratorio las reuniones sobre este misterio.

He aquí, como muestra que podríamos aportar de los otros núcleos catequéticos, los títulos de las reuniones sobre la familia a lo largo de los diversos cursos:

- La espera del Salvador (Pre-1º-2º-3º).
- Un niño pequeño nos guiará (4º-5º).
- Anuncio del Salvador (Pre-1º-2º-3º).
- Anuncio de la Navidad hoy en nuestra familia (4º-5º).
- Nacimiento de Jesús-Emmanuel (Pre-1º-2º-3º-4º-5º).
- La familia de Nazaret: Jesús crecía (Pre-1º).
- La familia de Nazaret: Jesús aprendía a orar (Pre-1º).

- La familia de Nazaret: Jesús oraba y cantaba (Pre-1°).
- La familia de Nazaret: Una familia hebrea (2°-3°).
- La familia de Nazaret: Vida oculta de Jesús (2°).
- La familia de Nazaret: El *Semá* (2°).
- La familia de Nazaret: La obediencia y el amor hasta el sufrimiento (2°-3°).
- La nueva familia de/en Jesús (2°-3°).
- Jesús nos revela al Padre-Abbá (3°-4°-5°).
- La Trinidad: Familia de Nazaret e Iglesia (4°-5°).
- La Trinidad: "... haremos morada en él" (4°-5°).
- La Trinidad: María, coronada de "gracias" (4°-5°).
- La visitación (4°-5°).

Con este conjunto de reuniones, nuestros niños reciben una experiencia y una esperanza de pertenencia a la familia de Dios, revelada y actuada en la Iglesia; y una misión de cara a sus familias. El oratorio es como una presencia de esta familia de Nazaret.

Los conflictos y carencias familiares (contados por los niños tal como lo viven en reuniones o diálogos personales) pasan a segundo término por la iluminación y curación que acontece en ellos por obra de la Palabra y de la experiencia concreta en el oratorio de "esta nueva familia en Cristo" que es la Iglesia, sacramento de la familia trinitaria. Asimismo se fortalece y consolida la experiencia positiva que viven con esta nueva luz y llamada a la vocación definitiva del hombre. En conclusión, vemos aparecer en los niños un amor solícito y concreto a su familia que les lleva a servir, a orar en y por su familia, y a bendecir por lo que han recibido y esperar lo que les falta. Más aún —decimos a los niños y así acontece en diversa medida—, "si vosotros crecéis como Jesús, vuestros padres crecerán como José y María".

IX. "Y LOS BENDECÍA" (Mc 10,16)

Hemos señalado que el oratorio es una experiencia de Iglesia para los niños; por lo tanto, de maternidad de María, oculta y solícita. Y como María con Jesús, no podemos sino exultar y proclamar nuestro magnificat, en el encuentro con Isabel, "con cada niño que visitamos". María está exultante con Jesús y bendice por la obra de Dios en su ser.

De esta madre que bendice, acompaña, educa, guarda en su corazón lo que no comprende, sigue al Hijo, le suplica el vino (su entrega en la cruz), contempla la muerte, espera la resurrección, invoca al Espíritu Santo en santa comunión con sus discípulos... de esta mujer hemos aprendido a acoger a los niños tal como Dios nos los regala cada día, y a ayudarles a crecer. Como lo aprendió y expresó José de la Madre de Dios, nuestro fundador: "Como auténticos pobres de la Madre de Dios, que nos profesamos y somos, en ninguna circunstancia tendremos en menos a los niños pobres; sino que con tenaz paciencia y amor cariñoso procuraremos embellecerlos con toda cualidad, estimulados principalmente por aquella Palabra del Señor: 'Lo que hacéis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hacéis'".

La bendición en la Escritura está unida al padre, a la vida, al crecimiento, a la fecundidad, al don gratuito, al amor, al gozo de vivir... Diríamos que es la pedagogía de Dios con los hombres, con Jesús, "su Hijo amado, su Ungido". María y José se hacen para Jesús "bendición de Dios" en su infancia y vida oculta; su madre sigue sus huellas y le acompaña hasta la cruz...

El oratorio, como familia, como Iglesia, es lugar de bendición, de crecimiento, de instrucción, de respeto, de ayuda, de acompañamiento en los primeros años. Reproduciendo con gestos, expresiones, palabras y actitudes la bendición que recibía Jesús, hemos contemplado cómo los niños crecen, descansan, se sienten queridos, se curan, se aceptan a sí mismos y a los demás.

El clima de bendición que se da en el oratorio impregna a cada niño en particular, y así se sienten conocidos, tratados, amados por nosotros y por Dios en su individualidad, intimidad, singularidad, y por ello pueden crecer según es cada uno, como vemos que acontece.

¿Qué quiero decir concretamente con que "ben-decimos a los niños"? No sólo les revelamos a su Padre Dios sacándoles de la orfandad que algunos viven. No sólo celebramos con palabras y gestos el encuentro de Jesús con los niños, que "abrazaba y bendecía imponiéndoles las manos". "Actuamos esas bendiciones" con un trato lleno de dulzura en palabras y gestos, atendiendo a su edad y a la historia que de cada uno conocemos; les llamamos por su nombre; si hay que corregir a algún niño, lo hacemos de forma personal, en secreto (nunca en voz alta), con amor y delicadeza, expresándole el amor que Jesús y nosotros le tenemos, y animándole al bien que ya puede hacer con una actitud diferente (no somos jueces de sus

deficiencias, sino compañeros y hermanos de camino tras Jesús, amigos del Amigo); cuidamos el tono de la voz, los modales, evitamos ironías, críticas, correcciones públicas; cuando nos acercamos en particular a cada niño para ayudarlo, le tocamos su cabeza, o le miramos, o acariciamos sus manos... para transmitir mejor la proximidad amorosa, que es la que les cura y educa: *los niños siempre quieren crecer y hacerlo todo bien*, pero no siempre aciertan, ni pueden ni saben ni logran controlar su ser en crecimiento.

Definitivamente, la única y verdadera pedagogía para que los niños crezcan es el amor y la bendición "siempre". Es ella la que, con palabras de José de Calasanz, nos lleva a "abaxarse a dar luz a los pequeños". Como discípulos también suyos, deseamos traducir sus "gestos de niño": según sus biógrafos, "llamaba con dulces palabras a los pequeños, hacía les varias preguntas, examinaba sus cartapacios, probaba sus lecciones, alababa la diligencia de los unos, corregía los errores de otros, animaba a éste con una palabra de estímulo, o a aquél con un cariño de padre, y luego los enviaba a la escuela contentos, alegres y mejorados".

X. "SI ME CONOCÉIS A MÍ, CONOCERÉIS TAMBIÉN
A MI PADRE" (Jn 14,7)

En cada reunión, los niños van creciendo en amor a Jesús y sus palabras, acciones, milagros, familia, tipo de vida. Se adhieren al verle tan cercano, le aman y desean crecer como él. Por ello, cuando este Jesús niño-como-ellos aparece en relación con su Padre, los niños lo entienden y desean esa misma relación. Y van sintiendo verdadera la Palabra de Jesús: "El Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí". Desde un principio, pues, les presentamos a Jesús, el Verbo hecho carne, para que le conozcan y se sientan amados por él. Todo nuestro oratorio arranca de la fe en las presencias —¿podríamos subrayar humanas, sensibles?— de Jesús. Los niños, apoyados en la claridad y firmeza vivificadoras de nuestra fe, creen con naturalidad en la presencia de este Jesús hombre-"Dios-con-nosotros", que murió, pero que está aquí y ahora vivo "para todos los días" entre nosotros. Este Jesús presente es el kerigma de los niños, que abre y acompaña fecundamente su itinerario espiritual.

Los niños escuchan el amor y la relación de este Jesús con su Dios, a quien llamaba Padre, porque lo era, además de José, el padre de la tierra.

Y en su espíritu, por la nostalgia humana, pero sobre todo por la acción del Espíritu de Jesús, aparece el deseo de "tal Padre del cielo" y de "un padre semejante a José en la tierra".

También escuchan nuestro anuncio de que Dios les ama como a Jesús, que nunca les abandonará: "Aunque tu padre y tu madre te abandonen, yo nunca te abandonaré", dice Dios en el Libro. Esto viene testificado por "la caridad y paciencia" evangélicas y calasancias que el Señor nos concede a los animadores para con ellos. El Padre ha querido que nuestro oratorio sea vivido por nuestros niños como un nuevo hogar, si no un hogar a veces alternativo. Y acaban descubriendo que nuestro amor viene del Señor que, por lo tanto, les ama.

Esta última experiencia cura muchas heridas de paternidades familiares insuficientes o rotas. *Y los niños aprenden a bendecir en Dios al Padre que han tenido y a esperar al Padre que no han conocido. "Iremos contigo a buscar a tu padre y lo encontraremos", dijimos a un niño de cinco años que nos contaba la ausencia de su padre, a quien un día "buscaría con su yayo que tenía un taxi": él se alegró con este empeño nuestro, y sus compañeros nos lo recordaban. Sí, Lo hemos encontrado. Cuando de una manera más explícita, a partir de tercero, y desde las palabras del Libro, les transmitimos la revelación de Jesús de que "su Padre es nuestro Padre", la sorpresa y el gozo iluminan el rostro de los niños y lleva a muchos a acercarse, después de la reunión, a agradecernos la revelación de este "secreto". Y empiezan a reconocer y hablar a Dios como a su "Abbá".*

Por vía de experiencia hemos comprobado que, en este itinerario espiritual de nuestro oratorio, la imagen de Dios que se va configurando en los niños no queda condicionada por la experiencia de padre de la tierra. Sino que más bien ocurre al contrario: la paternidad divina nos hace saber y vivir lo que es la verdadera paternidad humana; la comprensión del padre de la tierra queda iluminada y centrada por la experiencia del Abbá que Jesús y el Espíritu Santo les van contando y desvelando poco a poco. Esta revelación es fruto de la Palabra y del Amor paternal que el Señor hace presente por medio de sus siervos inútiles, sorprendidos nosotros de tal paternidad tan cercana y llena de gestos para estos pequeños. Y, por ello mismo, muchos niños salen del trauma familiar que viven con una paz y un amor llenos de inocencia. Estamos seguros de que si un niño, desde pequeño, es introducido en un seno (familiar, o eclesial, o colegial), donde se respira el amor del Espíritu Santo y se vive la compa-

sión fraternal y piedad filial de Jesús, va a "conocer" sin dificultad la revelación y evangelio del Dios-Abbá.

Así, nuestro oratorio, histórica y teologalmente, desde su inicio ha arrancado de la relación con Jesús para llegar, por el Espíritu Santo, a la experiencia del misterio de Dios Padre.

Si se nos pidiera definirlo, diríamos que es un encuentro con Jesús, vivo en sus presencias, que lleva a los niños, en el Espíritu, al conocimiento y experiencia de Dios Padre, en una dinámica de grupo reducido, a modo de "pequeña Iglesia" y de "familia nueva", en torno a la Palabra, bajo la protección de María, con la guía de Calasanz.

XI. "DE LA BOCA DE LOS NIÑOS DE PECHO Y DE LOS QUE AÚN MAMAN TE PREPARASTE ALABANZA" (Mt 21,16)

El niño es capaz de oración, es decir, de relaciones teologales con las Personas de la Trinidad no reducibles a la sola actividad psíquica. No se trata sólo de la religiosidad propia del hombre con Dios, sino de una verdadera experiencia personal del Dios revelado históricamente en y por Jesús. Y no por su madurez humana, sino por la acción del don, que es el Espíritu Santo.

El día que iniciamos la primera reunión teníamos detrás, como pregunta, la afirmación de no pocos santos de que los niños son capaces de contemplación. ¿Será verdad? Ese mismo día nos llegó la respuesta, afirmativa, que a nosotros, como escolapios, nos unía a la intuición y experiencia de San José de Calasanz, hace ya cuatrocientos años: él defiende, por su experiencia, la práctica de la "oración continua", "en pequeños grupos", "desde la más tierna infancia", como ejercicio central del colegio y de la educación de los niños. Ella abarcaba: iniciación a la oración, iniciación a los sacramentos, iniciación al cambio moral, oración de intercesión.

El niño está capacitado para esta relación con la Trinidad por el bautismo. Éste le da un nuevo ser, hijo del Padre, hermano de Jesús, templo del Espíritu Santo. Está como "equipado" con un nuevo organismo "de vida sobrenatural", sustento del mismo crecimiento humano, que le capacita para una relación espiritual, psíquica y corporal con el Señor.

Aquí es donde hemos visto que *la experiencia cristiana, la teología y la pastoral se abrazan*. El enfoque de la pastoral con los niños depende

de la fe que vivimos y de la antropología con la que nos movemos: *la santidad del hombre es posible desde muy pequeños* –cronológica y psicológicamente– porque el Padre se les revela realmente por la acción del Espíritu gracias a la presencia de Jesús.

Podríamos mostrar –pero éste no es el lugar– cómo las virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo y las virtudes morales tienen su traducción personal –es decir, relacional con Dios– verdadera en los niños pequeños. Y no se trata de comportamientos miméticos, ni de sola actividad psíquica, ni de expresión religiosa natural, ni de caminos pedagógicos para la interioridad, aunque todo ello se dé. *Hay una verdadera vida sobrenatural, guiada por el mismo Espíritu*, que a niños y a adultos nos ha sorprendido con sus frutos, dones superiores a lo que nosotros hacemos y damos. *El Espíritu Santo, Persona que entra en el ser profundo del niño, en su espíritu, va "trabando la naturaleza y la sobrenaturalidad", para adaptar las facultades del hombre a la relación teológica con Dios.*

Esta capacitación para la vida sobrenatural está en relación con la misma necesidad que tiene el niño de relacionarse con Dios por el diálogo de escucha-oración. Nuestros niños gritan la necesidad de un Salvador, de un Dios-Amor-Padre cercano, de crecer, como Jesús, en edad, gracia y sabiduría, de ser curados en su abierta realidad humana: a todo ello provee la oración.

Constatamos en ellos una *necesidad existencial de conocer al Padre* y, por lo tanto, una relación diríamos connatural y cuasi-espontánea con él. Además, en esta primera infancia el niño es especialmente contemplativo. La experiencia nos ha convencido de que es ésta la mejor edad para conocer la paternidad cercana de Dios. Por ello, los nombres de "Yesuah" e "Immanuel", Dios que nos salva, Dios con nosotros, se han revelado tan importantes en el encuentro de nuestros niños con Jesús y en el desarrollo de nuestro oratorio.

La oración es un diálogo de dos presencias. Nuestra ayuda y animación es hacer *que el niño crea a Jesús presente y que esté presente a sí mismo*. Y basta. Entonces, Jesús se hace presente al niño y habla con él. Éste se pone ante él y, como está hecho para él, cree, contempla, ama, se alegra, está a gusto, entra en el misterio ininteligible, pero concreto, de Amor, accede a los secretos del Padre. Y empieza entre ambos una *relación de intimidad singular*, que respetamos sin intervenir: dejamos que se entiendan solos. Y nos sorprenden siempre con su originalidad y verdad.

Desde la oración y la contemplación, aman, anuncian, guardan la Escritura y la interpretan, transforman su conducta, van configurando "el evangelio de los niños", cuyo anuncio nosotros recibimos con ellos. ¡Cuántas palabras nos han revelado los niños...!

XII. "ADORARÁN AL PADRE EN ESPÍRITU Y EN VERDAD" (Jn 4,23)

El oratorio viene a ser como un "laboratorio" de relaciones teologales y de expresión de los dones del Espíritu Santo. Todo pasa poco a poco a su vida colegial y familiar, en la medida también de la colaboración de estas instancias educativas.

Los niños, ante Jesús y ante el Padre, responden con la fe, con la esperanza, con el amor. Se actúan especialmente los dones de piedad y de temor de Dios, en una relación paterno-filial que se les va haciendo familiar.

Hay simultáneamente un crecimiento humano en el mismo ser del niño (actitudes, conocimientos, cambios morales) y en su relación con los demás niños.

Todo ello dentro de la austeridad del oratorio y de las reuniones. Nos sorprende comprobar cómo los niños siguen postulando el oratorio a medida que van creciendo, siendo así que el marco y el ritmo de las reuniones siguen siendo prácticamente los mismos siempre y los soportes sensibles (audiovisuales, por ejemplo) apenas existen o no tienen relieve. *Algo ocurre dentro del niño que siente su ser entero (cuerpo, alma, espíritu) atraído y captado* para la contemplación, la fe, la adoración del misterio de Dios, la palabra, la obediencia, la transmisión, la intercesión confiada, la alegría y el canto de la relación con Jesús y el Padre, la acción del Espíritu, los frutos de amor y dulzura.

He comprobado con sorpresa y gozo, en diversas naciones de Hispanoamérica, que acontecía en aquellos niños lo mismo que yo conocía y contaba de Valencia. Quiere decir que el Señor nos ha confiado y entregado *algo verdadero y profundo, que toca el corazón del niño y del hombre, su interioridad, más allá de la cultura y de la psicología y de la geografía...* Aplicando las palabras de Agustín: "Señor, has hecho el corazón de los niños para ti y no descansan más que sólo en ti". Y las de Juan: si en esta experiencia (sin necesidad de demasiadas ayudas materiales para la oración, hasta una cierta monotonía, lejos de la altura santa del monte

Garizín y de la belleza prescrita del templo de Jerusalén) el Padre se revela a los niños por Jesús y abre caminos espirituales de oración, es que *ha buscado y hallado a "sus adoradores en Espíritu y en Verdad"*, en Cristo, el nuevo lugar del encuentro entre Dios y los hombres. Aquí los niños renacen por este Espíritu, y él les guía. Jesús es la verdad revelada del amor del Padre. El oratorio es Jesús.

Esta oración es más que un despertar de la religiosidad, es un encuentro del Padre con los niños en la humanidad de Jesús por el Espíritu.

XIII. "Y LLENARON DOCE CANASTOS CON LOS TROZOS QUE SOBRARON" (Jn 6,13)

La oración de los niños no queda encerrada en la hora y lugar del oratorio escolar. Se derrama como "medida buena, remecida y rebosante" en la vida.

En primer lugar, aprenden a relacionarse con Jesús en *presencias "fuera de la capilla"*: en los pequeños, en los pobres, en los niños, en ellos mismos... como ya hemos indicado anteriormente. Además, toda reunión abre una *proyección de la Palabra escuchada a la vida cotidiana* del niño. Luego, ellos anuncian y relatan *en su familia* lo escuchado, orado y guardado. Son verdaderos misioneros. Su palabra y su testimonio han transformado muchas familias.

Algunos niños, por propia iniciativa, se hacen un *lugar de oración en su casa*, antes de que les preparemos para ello, en cuarto curso. Este curso está orientado a que, como María, "elijan la parte buena". Y así lo hacen en reuniones especiales al efecto, que les llevan a decidir hora y frecuencia de esta oración personal y "lugar de reunión con Jesús". En una celebración solemne, el P. Provincial (en una ocasión el obispo) les entrega un libro de oración que les preparamos: con un "orden de la oración" y las palabras más significativas de los cursos anteriores, distribuidas por días de la semana (tres cada día, para mañana/mediodía/noche). Ellos saben que Jesús oraba con sus padres en esos tres momentos del día. Hay niños que permanecerán fieles a esta oración personal, como signo de su elección de Jesús. Otros olvidan o son inconstantes. Durante el quinto curso les recordamos y ayudamos a esta práctica. Algunos niños rezan con sus hermanos; otros, con sus padres o toda la familia. En cualquier caso, sabemos que estos signos y acontecimientos son "profe-

cías" del Señor sobre su historia: él cumplirá en la vida adulta de estos niños cuanto les ha anunciado en su infancia.

En quinto y sexto son iniciados a la *lectura meditada y orada del evangelio*, diaria, a solas con Jesús.

El oratorio empieza a ser *levadura del mismo colegio*. Educadores, que a su actividad educativa en el aula añaden la animación de la oración, verifican un cambio notable en la relación entre ellos y los niños, y comprueban que las actitudes propias de la reunión pasan a la clase: aparece una nueva relación educativa, llena de actitudes evangélicas, especialmente la bendición, la espera, el amor, el perdón, la confianza, el ánimo al crecimiento; también *los niños* intentan prolongar en la clase las actitudes que tienen en la reunión, "convertir la clase en oratorio". En *las clases* se va imponiendo la necesidad de momentos y lugares de oración. El colegio, en sus educadores y estructuras, no es indiferente al oratorio: ha aparecido una nueva luz evangélica y pedagógica. De un colegio de Nápoles, ubicado en un lugar de prostitución y comedias, decía Calasanz: "Donde antes se ofendía tanto a Dios, ahora lo alaban más de seiscientos niños". Y se refería no sólo a la oración, sino a la "liturgia" de tantas vidas curadas o mantenidas inocentes.

La *iniciación sacramental*, propia de la catequesis de primera comunión, descubre en estos niños una preparación especial, tanto en su relación con la Palabra como en las actitudes y participación dignas de la celebración litúrgica. Así nos lo testimonian muchos catequistas.

Finalmente, no pocos padres reclaman que hagamos con ellos lo que hacemos con sus hijos. Y así, el año de la familia, el Señor nos concedió tiempo para convocar un "*oratorio de padres*", en dos horarios diferentes (intraescolar y al anochecer) para facilitar la asistencia: tres cuartos de hora de oración, según el mismo orden y a veces recibiendo las mismas palabras de las reuniones de los niños, y tres cuartos de hora de exposición y diálogo sobre problemas que descubrimos en los hijos, iluminándolos desde la Palabra y desde la pedagogía calasanziana. Nos lo siguen reclamando.

Hemos visto que *los cinco panes de los niños en su oratorio se multiplican siempre, para saciarles a ellos mismos, y abundar y sobrar, en función del mundo que les rodea.*

XIV. "PARA HACER VOLVER LOS CORAZONES DE LOS PADRES A LOS HIJOS" (Lc 1,17)

Es ésta la misión del Precursor de Jesús, anunciada a su padre Zacarías, recordando al profeta Elías. Y nada más adecuado *para que nuestros niños conozcan a Jesús y accedan a la paternidad de Dios* que el que sus padres se vuelvan de corazón, con el corazón de Dios, a sus hijos. Así lo vivieron siempre *María y José*, de lo que son testimonio su actitud y sus palabras en el templo. "Vueltos a Jesús" y "volviendo a Jerusalén", tras tres días de búsqueda, dice la madre al hijo: "Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando".

Hemos descubierto en la experiencia de bastantes padres que su corazón ha sido tocado para volverse a sus hijos: escucha, acogida, acompañamiento, educación de la fe, mayor presencia y cercanía, oración en familia... Ha bastado vivir algunas de nuestras reuniones, o escuchar a sus hijos, o colaborar con el oratorio. Los niños necesitan esta *presencia cordial, amorosa de sus padres para crecer bien* en todas sus dimensiones.

Y en esta perspectiva nos *alegra reconocer y acoger el oratorio como si se tratara de un nuevo "Juan Bautista"*, que prepara el corazón de los padres y niños hasta que se les manifieste el "cordero de Dios" y se vayan tras él. Nos envía el Padre a entregar nuestra vida y nuestros recursos para que todos nuestros padres se vuelvan a todos sus hijos, especialmente desde sus primeros años. Y hagan así presente la paternidad-maternidad de Dios, tanto más participada cuanto mayor y más global es la relación personal y vivificante de padres e hijos.

XV. "EL EVANGELIO DEL NIÑO" (Juan Pablo II)

Este oratorio tiene su historia, larga ya y densa. Ha sido un "acontecimiento de Buena Noticia" para niños y para nosotros mismos, adultos, un evangelio.

Nació en octubre de 1989 en el colegio escolapio de S. Joaquín, de Valencia, con niños de preescolar y primero. Detrás estaba San José de Calasanz y sus Escuelas Pías, también el P. María Eugenio del Niño Jesús y su Instituto "Notre-Dame de Vie", y una serie de pequeñas experiencias

y de personas que nos llevaron a vernos metidos en esta providencia del Padre, "que tiene prisas por los niños de esta generación".

Pronto la luz aumenta y se transmite. Se incrementan progresivamente los grupos en nuestro colegio. Se estimula e inicia en otros de nuestra Provincia. Pasa a la familia calasancia (escolapias, calasancias y escolapios) de España y de América; también a otros colegios de la Iglesia; incluso a las parroquias de una diócesis, en Higüey (República Dominicana). Juan Pablo II, en encuentro personal, recibe centenares de cartas de nuestros niños y nos bendice y alienta. "Alabad, niños del Señor"... "De la salida del sol hasta su ocaso es alabado el Nombre del Señor".

La historia es evangelio. Y, en este caso, es "el evangelio de los niños", "mi evangelio", decía Pablo.

Durante años hemos llevado a los niños a Jesús. Y *ellos nos han llevado al evangelio* que sólo a los pequeños se les revela... y a quienes con ellos eligen la parte buena y se sientan a los pies de Jesús. "El evangelio está profundamente impregnado de la verdad sobre el niño. Incluso podría ser leído en su conjunto como 'el evangelio del niño': palabras de Juan Pablo II en su Carta a los niños (Navidad 94). Él mismo repasaba en ella la infancia de Jesús, de tal modo que los niños, al leerla, preguntaron si el papa conocía nuestro oratorio. Esta impresión se reforzaba más por el "Laudate pueri" (Sal 112) con que la concluía, primer salmo que aprenden nuestros niños y que cantamos frecuentemente en las reuniones a partir de tercero.

¡Cuánta comprensión y vivencia del evangelio de Jesús gracias a los niños, que nos preguntan por lo más esencial, que nos sorprenden con las conexiones de palabras susurradas por el Espíritu, que restablecen la inocencia y la generosidad del amor a Jesús, que nos denuncian con sus debilidades nuestros pecados y nos llevan a la conversión!

Mientras nuestra fe asegura la de los niños, la vemos crecer en nosotros mismos: somos tanto o más beneficiados que ellos. *Nuestro sacerdocio se vivifica*, acogiendo y haciendo propias la oración y la ofrenda de los niños, derramándonos sobre su oblación, reclamando el de Cristo y acudiendo a él.

Hemos contado algo, y cantado. Narración apenas iniciada. Nos ha llevado un tiempo que pertenece a los niños. Unos, agobiados y heridos, que claman en nuestras familias y en nuestros colegios, a quienes Jesús llama para aliviarles en el hogar, manso y humilde de su corazón. Otros, pletóricos y exultantes, que parecen no haber perdido la inocencia bautis-

mal, en familias verdaderamente cristianas que tienen sus delicias en el Señor. Muchos, que, por la noche, en el secreto de su habitación, elevan sus manos en plegaria con Jesús, arrancando del corazón del Padre el mejor don, su Espíritu.

Así, el oratorio es sencillamente una expresión agradecida de nuestra experiencia de la paternidad de Dios y de la urgencia del amor de Cristo, que nos llevan en el Espíritu a la oración y al amor por los niños. Y esa es nuestra vocación y misión.

¡En pie, lanza un grito en la noche,
cuando comienza la ronda;
como agua tu corazón derrama
ante el rostro del Señor,
alza tus manos hacia él
por la vida de tus pequeñuelos! (Lam 2,19).